

Tristán el Rojo

X. L. MÉNDEZ FERRÍN

Moure, un pícaro y vagabundo cualquiera, se levantó y gritó en la plaza desierta:

—Sí, fue cierto, aunque no lo creáis, aunque Lugh me corte la lengua pensando que soy un mentiroso, diré por siempre jamás que fue cierto. —¿Y tú qué sabes? dirán las constelaciones, dirán las redondas vejigas del rocío, o los copos bamboleados en el cuarto helado... —¿Qué sabes, oh comilón, si tú jamás has visto a Tristán, ni en la vida besaste los labios pálidos de Iseu? Cierto, le protesto yo, cierto que sé que es verdad porque una noche fría, con todas las estrellas y nebulosas tamizando palideces sobre cuanta gata montés pare entre las urces, sentí llegar a mi pecho, cercado de rojos caballones, la galopada polvorienta de Tristán el Rojo. La vi venir incendiada, escupiendo relámpagos y vomitando redondos y blandos gusanos rojos.

...Llegaba la mesnada por una calzada de losas pulidas que reflejaban el fuego, duplicando las llamaradas, y que resonaban bajo los cascos dorados de Cou, Chiyi, Reich, Higesche, y todos los otros caballos de la *troupe* de miseñor Tristán el Rojo. Sí, cierto, cierto fue que llegaron a mí y que los sentí y después los comprendí, ¿qué importa que no los hubiese visto, que no los hubiese oído y que no los hubiese olido ni palpado? Por eso digo yo: Fue cierto, fue cierto que vi a don Tristán sobre el palafrén radiante, con loriga y armas radiantes y ojos revueltos y radiantes. Y después de verlo, a él y a su mesnada, me contó él, bajo el pino donde murió Roldán, su historia...

En aquel momento se acercó, al pícaro loco que esto decía, un caballero de buen porte, jubón verde, calzas rojas y pluma de grajo en el sombrero.

—Perdonad si os interrumpo —le dijo—, pero estoy muy interesado por lo que contáis...

—¿Con quién tengo el honor?— le contestó el loco.

—Yo soy Lainn, estudiante. ¿Y quién sois vós?

—Pues yo soy Moure, una niebla espesa que galopa por los valles de Europa... Cualquier cosa y..., ladrón algunas veces.

—¿Vais a deteneros mucho tiempo por aquí?

—Pues quizás un siglo..., o lo que queráis vós. No soy una niebla como las demás, mi color es azul...

–Ahora estabais...

–Sí, estaba protestando una de mis vivencias.

–Una historia de Tristán.

–La historia de Tristán.

–¿Me la queréis contar?

–No tengo inconveniente..., no veo por qué no. Veréis don Lainn:

Tristán me contó su historia bajo el pino de Roldán. Él nació, según yo entonces pude entender, en una tierra de extensas llanuras verdes que se llama Kil- Maas. Cuando fue creciendo amó a su tierra, tenía ella unos rasgos calmos, de curvas suaves y se dejaba amar, sin violencia, con suavidad y en paz. Fue creciendo Tristán con hierba de Kil-Maas hasta la cintura. Su padre, que era Parsifal, y su madre, la propia Xildegunda, lo hicieron crecer con buena comida y con buena bebida.

Un día, bajo un atardecer que prendió fuego en los montes de Pixvuwoe, Tristán, doncel entonces, caminando despacio por la calzada vieja de Oou, se encontró con un viejo de barba azul hasta los pies que, sin más ni más, lo golpeó con un palo en la espalda.

–Por Dios, viejo del infierno, ¿qué es esto?– repuso Tristán.

–Una paliza– le replicó el viejo tranquilamente.

–¿Por qué me has golpeado?

–Porque mi bastón tiene la virtud de dar audacia y valor a la persona a quien pega. Ahora Tristán serás el más audaz y valiente joven de todas las tierras del mundo.

–¿Quién sois vos, padre?

–Yo soy Pocusk.

–¿El que dice mi padre y toda la gente, que al parecer..., es el más grande nigromante de toda Kil-Maas?

–Sí, soy yo...

En aquel momento Tristán empezó a ponerse rojo y a soltar llamaradas por las orejas, por la nariz, por la boca y por sus partes; se puso tan tan rojo que el viejo Pocusk le dijo al marcharse:

–Tú serás llamado “el Rojo”, Tristán “el Rojo”.

Cuando Tristán llegó al lugar donde estaban su padre Parsifal y su madre Xildegunda, les contó todo lo que le había pasado y además añadió:

–Mis señores, siento bajo la piel un acero que quiere jugar su papel de demolición. También tengo en la garganta y en las entrañas el asco de los gusanos gruesos. ¡Dadme permiso para coger la espada y galopar por el mundo colgando en mi silla la cabeza del mal.

Sire Parsifal se puso triste y de mal talante, pero se lo otorgó.

...Y en el crónlech de Sr. Sei, a la luz muerta de la luna, debajo de la Osa Mayor, hicieron guerrero a miseñor Tristán. Primero lo desnudaron de todas sus ropas, después le ciñeron una espada de acero muy bueno y muy duro, que había hecho un maestro de una tierra que llaman India, una espada que jamás podría ser quebrada por nadie y era nombrada Excalibur.

Dos princesas vírgenes adujeron un caballo blanco como la luna y brioso y nervioso como la cuerda de una ballesta. Tristán montó en el caballo blanco y este se volvió rojo. Tristán empuñó a Excalibur mientras se le removía el cabello y las crines de Galatea, que tal era el nombre del caballo, flameaban al viento. El cuerpo desnudo y rojo de miseñor resplandecía en la noche como una antorcha. Los presentes hicieron la señal de la cruz temblando y murmuraron:

–Ciertamente, este es Tristán “el Rojo”.

–Sí – gritó él–, soy Tristán “el Rojo”, que así lo ordenó el padre Pocusk, y ahora me voy desnudo y mañana volveré guarnecido con sedas y otras telas y volveré antes de que pasen cinco veces cinco años, con mis vasallos y mis trofeos. Iré por el mundo enderezando espíritus y oprimiendo cuerpos.

Mientras Tristán hablaba todas las piedras del crónlech temblaban, y temblaban las cimbras de los yelmos, y las barbas de los hombres, y los rayos de la luna; el viejo Sire Parsifal, su esposa, todos los viejos del consejo, las mujeres de los nobles y la misma reina tenían miedo de aquella voz de trueno que resonaba por los valles de Kil-Maas y de aquel cuerpo que relumbraba en la noche como un belcebú.

Tristán se volvió a la reina y la miró a los ojos. Habló él:

–Señora de Kil-Maas, Iseu la virgen, ¡volveré!

...Misterioso e inspirado, partió Tristán con los sollozos de Xildegunda dialogando con el aullido de los lobos.

Y así fue, don Lainn, como miseñor Tristán entró por la vida, espada a la cinta, cuerpo desnudo, igual que una antorcha de Endovelico corriendo por las llanuras de Europa.

El guerrero, según él me contó bajo el pino de Roldán, hizo mil batallas y corrió mil aventuras.

En una ocasión..., iba Tristán con su escudero por una floresta espesa, cuando, de repente, encontraron en el medio del camino una calavera con un letrero en la frente que hecho con sangre decía así:

“Recula, pasante, que esta es tierra de Arcalus”.

El escudero tuvo miedo, Tristán no tuvo miedo.

Avanzó Tristán por el bosque mientras las raíces de los castaños se retorcían igual que los brazos de un pulpo. Avanzó Tristán con las ramas de los robles retirándose a su paso. Avanzó Tristán con la mente en su señora y con la cruz en los labios.

–¡¡¡Ah, perros!!!– mordían los tocones.

–¡¡¡Tronad, piedras!!!– aullaban los lirios.

Y las piedras tronaban.

–¡¡¡Trash Elhou!!!

Este y mil gritos espantosos salían del centro de la tierra.

El sol se retiró, pero las llamas que desprendía miseñor Tristán alumbraban el camino. El bosque hervía con horribles imágenes: Caras verdes, sin dientes, hediondas; mujeres pintadas de azul, con las piernas rotas; labios sumidos y bocas castañas; lodo pestilente de excrementos; lobas con senos de doncella; hombres con el pecho abierto, en pura llaga y allí gusanos revueltos; un individuo amarillo, grandísimo, con cara de buey manso, gargajeando y escupiendo sobre el caballero, el escudero y Galatea e Irixoa, sus caballos.

Pero pronto sucedió que el bosque se paró y vino el claro, y en el claro el castillo enlutado y húmedo de Arcalus el encantador. Torres negras, adarves silenciosos, las almenas vacías. Sobre el castillo aleteaban los murciélagos.

El castillo estaba solo, Tristán sintió su soledad y sufrió. Al resplandor de su fuego parecía el castillo de Lucifer, que dicen que está en el medio de la tierra.

–¡Abajo el puente! Tristán el Rojo y su escudero van a entrar en el castillo de Arcalus.

Se bajó el puente sin chirriar las cadenas. Galatea e Irixoa no levantaron ningún ruido al galopar sobre el foso.

El patio de armas era negro, grande y singular. Los cipreses erguían sus cuchillos contra la negrura de arriba. El suelo era de hierba alta y engarzada en un rocío negro, que reflejaba el brillo de Tristán.

–¡Ah de Arcalus! ¡Ah del palacio grande y solo! ¡Ah de los diablos y brujas y búhos y espíritus que lo pueblen!

La voz de Tristán se perdió por los pasillos, por las salas, por los cubos y por los pasadizos.

Frente a miseñor Tristán se levantó una sombra que habló con un eco de fieras y de tumbas.

–Yo soy Arcalus.

Y Tristán repuso:

–Yo soy Tristán.

La sombra flotaba inconsistente y el escudero seguía teniendo miedo.

–En mi casa no entró nadie que saliese vivo. Escucha.

Entonces el aire se llenó de quejidos, gemidos y sollozos que encogían el espíritu. Y pasaron en “compaña”, en procesión, dos mil caballeros, empanados de mortaja blanca.

–Esos son los que, como tú, quisieron entrar en el castillo de Arcalus.

–¿Cómo piensas matarme?

–Soltando una luz que te ciegue, Tristán el Rojo.

Y Arcalus, de sombra negra, se transformó en pura centella. Pero miseñor Tristán no cogió espanto y, poniendo mientes en Xpisto, en Iseu y en Pocusk, tuvo firme la rienda de Galatea y comenzó a ponerse rojo. Tristán tenía un brillo rojo, Arcalus un brillo blanco. Comenzó el torneo, muy recio, muy malo y muy peligroso. Uno flameaba y otro relampagueaba. Uno subía, otro subía. Y llegó un momento en que, por entre los compases gregorianos que entonaba el escudero, el relumbro de Arcalus fue vencido por el incendio de Tristán, hijo de Parsifal, nacido en Kil-Maas, apodado “el Rojo”, el mejor caballero del mundo... La luz del encantador se apagó como una candela, humeando agonías.

–¡Murió Arcalus! –dijo el sol–. ¡Arcalus que me tenía sometido con grilletes!

Y lució alegre en el mediodía. La humedad se enjugó. La noche se murió. Los murciélagos huyeron chillando.

El patio de armas del castillo se alegró mientras nacían las margaritas entre la hierba.

Tristán inclinó la frente cansado, ayudado por el escudero. Y en aquel momento de los cuatro puntos acudieron los dos mil caballeros que tenía encantados Arcalus, con sus cuerpos y apariencia verdadera.

—¡He aquí a nuestro señor! Tú serás nuestro señor, Tristán. Tú nos volviste al sol.
Se arrodillaron los dos mil.

—¿Me queréis seguir por el mundo?

—¡Sí!

Un viejo se adelantó con la frente blanca y los ojos hundidos.

—Yo tengo cien años, Tristán, no puedo seguirte..., no tengo fuerzas...

Tristán sacó un pie del estribo y lo hirió en la cara con la espuela:

—¿No quieres venir, perro? Dices que eres viejo... ¡Me das asco, perro! ¡Perro!
¡Perro! Te doy el castillo para ti, vive en él hasta que te mueras.

—Gracias, gracias, Tristán..., sabré vivir en él..., yo fui rey en otro tiempo.

Y mientras el viejo se limpiaba la sangre de la frente blanca, miseñor gritaba a su hueste:

—¡Adelante, caballeros! ¡Adelante!

Y cabalaron él, el escudero y los dos mil por el mundo adelante.

—¡Vaya..., buena aventura!— dijo Lainn.

—Pues no es de las mejores— le respondió el pícaro.

—¿Y entonces las tuvo Tristán de más importancia?

—Sí, por ejemplo la de la cierva...

—Contadme, contadme..., Moure, si me hacéis gracia.

—Pues fue así:

El galope triunfante de Tristán, miseñor, el Rojo perseguía el tímido huir de la cierva blanca de Carpir-Bertamiráns. A cincuenta leguas quedaba su mesnada. Por la llanura iba la cierva golpeando las hierbas bajas y saltando las retamas altas. El caballero, solo armado de cuchillo y ballesta, sobre Galatea, la buena y preciada. La cierva perdía camino y, mientras Tristán vociferaba y apellidaba con voz de trueno, se lamentaba así:

—¡Ay, Dios mío! ¡Mis lirios de la llanura...!

Y las estrellas le respondían por detrás de las nubes:

—¡Ay, ay lirios blancos!

Y la cierva volvía a decir:

–¡Rosales de blancas rosas, blancas flores de la llanura, Dios mío...! ¡Estrellitas blancas y relampagueantes..., mariposas temblando en el aire..., hermanos míos: La cierva blanca de Carpir-Bertamiráns va a morir...!

Por la llanura florecida miles de voces tímidas, por el cielo azul, por el ser nítido:

–¡Ay, ay..., nuestra hermana la cierva blanca de Carpir-Bertamiráns va a morir... Ay, ay..., Dios!

Pero Tristán se carcajeaba y gritaba:

–Cierva, cierva..., laméntate y llora. ¡Ja, ja, ja! Laméntate y llora. ¡Ah! ¡Ah!

Mientras miseñor Tristán ardía y apostrofaba, dos cuervos aleteaban a su lado y le hacían el llanto:

–Sí, Tristán, mákala, mákala y danos a nosotros buenos pedazos de sus entrañas.

Pero..., la cierva dejó escurrir una lágrima y se paró en su carrera.

–Ya es mía...

–Ya es vuestra, Tristán. ¿Les darás algo de ella a los cuervos..., les darás algo, verdad?

Tristán clavó las espuelas hasta el calcañar y cogió en la izquierda el cuchillo persa de dos filos. Se dejó caer después sobre la cierva, le constriñó el cuello y le iba a partir el hígado cuando...:

–¡Por el Perro Egipcio! ¡Si ya está muerta!

–Se murió de miedo, Tristán... Ábrela y dale el corazón a los cuervos.

Sobre la hierba blanda y ondulante yacía el cuerpo impoluto de la cierva blanca de Carpir-Bertamiráns. El hocico, aún húmedo, parecía temblar bajo los vientos del sur. Los ojos cerrados en un sueño de palomas y nubes. Tristán al verla se apagó en su flamear y palideció en su fuego.

–Ábrela, Tristán, danos sus entrañas...

Él rabioso cogió la ballesta dura y grande. Con ella atravesó a los dos cuervos. Después enterró el cuerpo de la cierva blanca y clavó encima dos losas de granito, y como travesano otro fuerte peñasco. Sobre el trilito arrojó para que se pudriesen los dos pájaros agoreros.

Por toda la llanura de Carpir-Bertamiráns, tierra abundante en bestias y escasa en humanidad, plañían por la cierva blanca que murió de timidez.

Miseñor Tristán el Rojo se volvió para su hueste, muy triste y quebrantado.

–Sabréis, criados y amigos, que en una tierra de flores y mariposillas se me murió una cierva. Quejaos conmigo.

Y la mesnada toda batió en los escudos con el pomo de la espada y dijo:

–¡Ay, ay, ay de la cierva!

–¡Pobre cierva blanca!– se lamentó Lainn.

–Sabréis, aquí entre nosotros, que la compasión que le dio el animal muerto fue lo que salvó a Tristán– le respondió Moure.

–¿Y eso?

–Sí, ¡porque era la mismísima cierva de la diosa Diana!

–¡Oh...! ¡Vaya hombre!... Y escuchad, Moure, ¿no seguís con la historia?

–Ella es tan larga como el río Nilo, desde Sais hasta el cielo, que es donde nace. Pero sabréis que Tristán, después de haber recorrido las tierras todas del mundo, un día hizo juntar a los cuatro caudillos que lo seguían. Era noche de luna y habló él:

–Hermanos: Oíaa, Trugkatch, Endeschjú, Ruvira... Hemos corrido mucho mundo juntos... Siempre hicimos el bien... Siempre procuramos la justicia... Y vosotros siempre fuisteis mis fieles, que yo no os llamé, vosotros vinisteis por vuestro gusto..., y me ayudasteis a matar al gigante de Arámburu, el grueso Xozjha...

–Un momento –interrumpió Lainn–. ¿Quién era el gigante Xozjha?

–Pues un demonio de diez brazas de altura más que Tristán...

–Contadme la aventura, ¿queréis?

–Bueno..., después ya seguiré con la reunión de los caudillos... Pues fue así:

Iban Tristán y su mesnada por una tierra toda destruida, con las cosechas quemadas, la hacienda muerta, los hombres quebrantados y las mujeres llorosas... Preguntó él qué tierra era aquella y qué había pasado allí.... Le contestó un viejo:

–Esta es la nación de Lliuia y yo soy su rey Guid´Amglai. Tú, caballero, ves la tierra quemada y el ganado podrido debajo de los buitres, porque un gigante llamado Xozjha me arrasó todo (el viejo lloraba) y se llevó a mi hija (el viejo lloraba aún más) y yo estoy solo..., y mi gente igual..., sí, mi caballero, estoy solo y pobre, solo y pobre..., pero mi gente aún más.

Tristán al oír aquello ardió más y se puso casi blanco. Dijo:

–¿En dónde mora ese Xozjha?

–¿Ves aquella sierra toda encumbrada de nieve verde?

–¿Aquella negra..., que humea humo verde?

–Sí, pues, allí vive; se llama la sierra de Arámburu.

Entonces ordenó Tristán:

–Hermanos: Oiáa, Trugkatch, Endechjú, Ruvira.... Dejad aquí a los vuestros, armaos y seguidme, vamos a dar muerte al gigante.

Cuando partieron los cinco caballeros el rey Gui´Anglai lloraba y se lamentaba:

–¡Ay mis buenos caballeros! Morirán..., morirán a manos del monstruo...

Pero ellos iban con paso animoso de trote largo. Las armas brillaban al sol, es decir..., ni el hacha paleolítica ni la piel de oso de Endechj Lampanah, pero sí el escudo y el yelmo de Tristán relampagueaban bajo la luz, y la loriga acerada de Oiáa, y el espadarrón negro de Trugkatch. Iban ellos erguidos en el palafrén, con sus blancos cabellos y las frentes altas, con las verdes barbas y el ánimo sereno, sin hablar palabra, fuese griega o bárbara.

La montaña de Arámburu erguía su mole enfrente de ellos. Estaba toda envuelta de un vaho espeso y verde. Entraron en la ladera los caballeros. Las bestias se enterraban hasta la mitad de las patas, en una helada verde. Fueron subiendo despacio. Los animales sudaban y ellos hacían esfuerzos para no pararse en el suelo fangoso, viscoso y nevado. Y así fueron subiendo poco a poco, dominando el miedo y calmando los latidos. Pronto hallaron la faringe apestosa y sucia de una cueva.

–No entréis– les dijo un jilguero posado en un cardo.

–No entréis, que es la madriguera de Xoxjha– les repitió una paloma blanca, que llevaba en el pico una ramita de olivo.

–Adelante, para adentro– ordenó Tristán cogiendo la espada.

La espelunca era negra y estaba llena de polvo sucio. Del fondo salían los gritos de una mujer.

–¡¡¡Hijo de ramera, cerdo, perro, haragán, gigantón sin resuello!!!

Los caballeros pararon las bestias y escucharon extrañados. Ahora se oía una voz gruesa y áspera:

–No me insultes Waltari, no me insultes..., yo te quiero por esposa.

–¡Miren al cerdo! Antes me muero.

–Pues entonces...

Cuando los extranjeros penetraron en el recinto vieron en el suelo a una doncella de cabellera negra, cuerpo grande y bien tallado, piel morena, ojos negros, cejas negras y brial negro. Tenía manos y piernas agarradas con cadenas. A su lado un gigante enorme y azul, con escamas de acero por todo el cuerpo, blandía una gran cuchilla sobre la joven. Ella lo injuriaba y lo ultrajaba. Él rabioso le iba a clavar el acero cuando oyó:

–¡Quieto Xozjha! Libera a la doncella y vete de Arámburu.

El gigante bajó el brazo y miró a los cinco señores.

–No liberaré a la doncella –dijo–, porque me insultó y no me quiere por esposo y la tengo que matar. No me voy a ir de Arámburu porque es un monte muy alto y que está muy por encima de todo el valle y tierra de Llivia, que es muy fértil por cierto.

–Entonces –dijo Tristán–, prepárate para morir.

Primero el paladín rompió sus armas en la piel de Xozjha, después rompió las de Oiáa, Trugkach, Endechnjú y Ruvira. Esquivaba los golpes que le tiraba el gigante rabioso. Pronto quedaron los cuatro sin armas frente al formidable enemigo. Waltari yacía pálida y con los ojos muy abiertos. Un murciélago desvelado chillaba por el aire. Pero lo cierto fue que Tristán clavó los ojos en el corazón de Xozjha y se lo atravesó, dejando un olor a carne quemada; pero antes ya le había puesto al rojo la piel metálica y ya le había derretido una buena parte. El ogro cayó pesadamente y escupió unas aguas amarillas en las que andaban extrañas larvas, después hizo del cuerpo entre espasmos, abundantemente y más tarde permaneció quieto y lleno de porquería. Así mató miseñor Tristán a Xozjha. Endechnjú, el de cuerpo de oso y barba de cabra, desató a Waltari y la miró a los ojos, y a los labios, y después la montó delante de él en el caballo. Y volvieron de Arámburu.

Guid´Amglai los recibió medio loco de alegría:

–¡Mis buenos caballeros..., mis caballeros..., hija mía...! ¡Ay que pena tenía!
¡Mis buenos caballeros..., mi buena hija, qué alegría ahora!

Comieron y bebieron de lo poco que quedaba en aquella tierra. Después Tristán le pidió permiso a su huésped para celebrar consejo de jefes, él se lo otorgó.

Y ahora anda el cuento en donde estábamos antes, cuando Tristán habló a sus caudillos bajo la luna:

–Hermanos: Oiáa, Trugkach, Endechnjú, Ruvira.... Hemos corrido mucho mundo juntos... Siempre hicimos el bien... Siempre procuramos la justicia... Y vosotros siempre fuisteis mis fieles, que yo no os llamé, vosotros vinisteis por vuestro gusto y me ayudasteis a matar al gigante de Arámburu ahora, y a muchos hombres y ejércitos desde

que os liberé de la esclavitud de Arcalus. Ahora estoy cansado y rico..., quiero volver a mi patria y quiero que vosotros volváis a la vuestra.

–No tenemos patria, iremos a donde tú vayas– dijeron Oiáa y Trugkatch y Ruvira.

–¿Y tú que dices, Endechnú?

–Digo, Tristán, que ya te he servido mucho tiempo y muy lealmente, tú mismo lo dijiste antes..., pero ahora Guid´Amglai me dio a su hija y me apalabré con Waltari y me voy a casar con ella.

Tristán le azotó la faz con su vergajo, Endechnú mordió los labios.

–Tenía –comentó Lainn– mucho genio Tristán...

–Es posible– concedió Moure.

–¿Y qué pasó después?

–Pues pasó que Tristán volvió a Kil-Maas con diez mil, entre peones y caballeros, y tres caudillos. En el crónlech de Sr. Sei lo esperaba su pueblo. Llegó el rojo y magnífico, reflejándose en alhajas y sedas, llegó entre el maullar impenitente de las cien gatas monteses de Kil-Maas. Tras él venían los palafreneros con las acémilas cargadas de joyas y presentes. Abrazó a sus padres, sire Parsifal y doña Xildegunda, viejos ya, y se arrodilló ante la reina, Iseu la virgen, que estaba toda de blanco y coronada de rosas.

–Dije que volvería– habló él.

Los ojos azules de ella se pusieron húmedos, los labios se plegaron temblorosos; después él, todo bestia y salvaje, se los besó. El pueblo de Kil-Maas aclamó a su reina y a su nuevo rey.

Y esto es el final de las aventuras de miseñor Tristán el Rojo, don Lainn.

El caballero Lainn, de pluma en el sombrero, se quedó en silencio. Después le abrió la bolsa al pícaro y se alejó haciendo sonar a hueco sus tacones sobre las losas de la plaza desierta.

Traducción: María Dolores Villanueva Gesteira